

INTRODUCCIÓN

Tirante el Blanco es una traducción algo infiel de la novela titulada *Tirant lo Blanch*, escrita en torno a 1460-1464 por el noble valenciano Joanot Martorell, que disfrutó de un notable éxito a fines del siglo XV gracias a sendas impresiones incunables, de 1490 (Valencia, Nicolás Spindeler) y 1497 (Barcelona, Diego de Gumiel). Se trata de una de las ficciones caballerescas más interesantes del Medioevo hispánico, pues tanto la calidad de su prosa como la riqueza de los diversos hilos que tejen el bordado de su trama nos ofrecen una imagen de indudable vitalidad de la cultura aristocrática de aquella centuria. Recuérdese que Valencia era por entonces una de las capitales más prósperas de la Península Ibérica y del Mediterráneo, cuyo dinamismo reverberó fructíferamente en el cultivo de las artes y de las letras. Junto a Martorell, los nombres de Ausiàs March, Joan Roís de Corella o Sor Isabel de Villena encabezan una extensa nómina que confirma las excelencias de la literatura, en verso y en prosa, de aquel Reino. *Tirant lo Blanch* narra la trayectoria biográfica y las aventuras de un joven caballero que acaba sus días convertido en emperador de Bizancio. A través de sus páginas se mezclan sabiamente episodios militares y amorosos, ideales didácticos y religiosos, fuentes historiográficas y novelescas, ecos de personajes reales y adaptaciones de modelos literarios que debieron ser muy del gusto del público que accedió al original valenciano, como confirman los incunables de 1490 y de 1497, hecho absolutamente insólito para una novela caballerisca en el panorama editorial hispánico (castellano, catalán y portugués) del último cuarto del siglo XV.

Sin embargo, la fortuna de la versión castellana de esta obra, impresa por Diego de Gumiel en 1511, resulta mucho más modesta como consecuencia de una gama variada de factores histórico-literarios sobre los que nos detendremos a continuación. Puede avanzarse ya, en todo caso, que los elogios que Pero Pérez le dedica en el capítulo sexto de la primera parte del *Quijote* (donde el personaje cervantino recomienda su lectura a maese Nicolás, tras calificarlo como uno de los mejores libros del mundo) resultan singulares por extraordinarios. Casi un siglo después de su publicación, Miguel de Cervantes nos describe las características formales del volumen y nos abre una puerta para comprender el contexto de su difusión durante el siglo XVI. El ejemplar del *Tirante el Blanco* que albergaba la biblioteca del hidalgo manchego se presenta como una obra anónima, emplazada en la órbita de los libros de caballerías que se comentan durante el célebre escrutinio.

Esta característica nos informa de los modelos genéricos y mercantiles, ajenos a la concepción literaria de Joanot Martorell, en que cabe valorar la nueva transmisión del texto. En primer lugar, durante el período que media entre su edición valenciana de 1490 y la vallisoletana de 1511, el mercado hispánico de impresores se había transformado vertiginosamente e iniciaba su especialización hacia un sector de lectores menos culto por el que no se interesaban las grandes compañías francesas e italianas, consagradas al negocio más rentable de los textos clásicos y religiosos para uso universitario o eclesiástico. Así, tras un periplo inicial por tierras catalanas, Diego de Gumiel se vinculó a Santa María del Prado entre 1501 y 1513, donde, a partir de 1509, al tiempo que iba trabajando en las bulas para este monasterio —cuyo privilegio había sido concedido por la reina Isabel—, imprimirá

una versión castellana de la extensa novela que podía atesorar desde que la editara en la Ciudad Condal, en 1497. Entre sus impresos de esta época conservamos los siguientes: las *Meditaciones y soliloquio y manual*, de San Agustín (1509 y 1511); el *Panegírico en alabanza de la más cathólica Princesa la Reyna doña Isabel*, de Diego Guillén de Ávila (1509); el tratado *De los remedios contra próspera y adversa fortuna*, de Francesco Petrarca (traducido por Francisco de Madrid, 1510); las *Epístolas enviadas a Rabi Isaac*, de Rabi Samuel (en versión de Alonso de Buenhombre, 1511); la *Exposición del psalmo Super flumina* (1511) y la *Devotísima exposición sobre el psalmo de Miserere mei Deus* (c. 1510-1512), de Girolamo Savonarola; un pseudo-Buenaventura, *La vida de nuestro redentor y salvador Jesu Cristo* (1512); la adaptación de Fernán Pérez de Guzmán del *Mar de istorias*, de Giovanni della Colonna (1512), y *El recebimiento que se hizo al rey don Fernando nuestro señor en la villa de Valladolid*, de Luis de Soto (1513).

En segundo lugar, cabe destacar que el *Tirante* no es una traducción exacta del original de Martorell, sino que sufre una adaptación en la presentación y disposición de sus contenidos a partir del molde de otra ficción caballeresca que empezaba a gozar de un inusitado éxito por tierras castellanas: el *Amadís de Gaula*, de Garci Rodríguez de Montalvo. En la estela de esta novela, refundida hacia 1492 e impresa en 1508 por Jorge Coci en Zaragoza (aunque quizás ya se hubiera publicado con anterioridad) y de las *Sergas de Esplandián*, su quinta parte, *Los cinco libros del esforzado e invencible cavallero Tirante el Blanco de Roca Salada* es un volumen en folio en donde no constan los nombres de autor o traductor, con una división interna de la que carecen los incunables, con un grabado que representa un caballero jinete blandiendo su espada, con un prólogo inicial que se distancia de su fuente y con otro texto, intercalado entre el “segundo” y el “tercer” libro, totalmente nuevo. Algunas supresiones e irregularidades, por lo demás, propician una capitulación diversa, de manera que deba advertirse que la lectura de la versión de 1511, a pesar de sus bondades, no puede eximir de la consulta del original de Martorell. El libro primero agrupa los capítulos II-C del original (en la traducción se transforman en ochenta y seis capítulos); el segundo se abre con la segunda mitad de la división del capítulo C hasta el CXVI (adaptados en veinticuatro capítulos); el libro tercero agrupa los capítulos CXVII-CCXCIX (en la traducción serán ciento ochenta y cuatro capítulos); el cuarto vuelve a abrirse con la continuación de este último hasta el capítulo CCC (sumando un total de noventa y tres capítulos) y el quinto libro recoge los capítulos CCCI-CCCCLXXXVII del original (en ochenta capítulos). Recordemos los titulares de estas cinco novedosas secciones:

Comiença el primero libro de Tirante el blanco de roca salada: enel qual al principio se trata como el conde guillen de varoyque propuso de yr al santo sepulcro de Jerusalem y manifiesta ala condesa su muger la deliberacion de su partida. (fol. IIIr)

Comiença el libro segundo del famosoy esforçado cauallero Tirante el blanco enel qual se trata de como socorrio y descercó a rodas: que estaua cercada y puesta en mucho estrecho por los turcos: y de como fue a jerusalem en romería: y del casamiento de felipe hijo del rey de francia con la hija del rey de cecilia. (fol. LVv)

Comiença el libro tercero del famoso y esforçado cauallero Tirante el blanco: en el qual se trata de como fue en constantinopla en seruicio del emperador y fue

su capitán general contra el soldán y el gran turco: y de las grandes cauallerías que en la dicha guerra hizo. (fol. 75r, incorrectamente numerado como LXV)

Aquí comienza el libro quarto del venturoso y esforçado cauallero Tirante el blanco. El qual se desnudo y captiuo subió a tanta señoría que con su mucha industria y gran esfuerço de cauallería conquistó y sojuzgó a toda la berbería: segun en el presente libro se trata. (fol. 198v, incorrectamente numerado como CXCVII)

Comienza el libro quinto en el qual se trata como acabada la conquista de la berbería tirante dio al señor dagramunte y a plazer de mi vida el reyno de fez y de bugia y al rey escariano el reyno de Tunez. Y de la gran armada que hizo para yr en socorro de constantinopla. Y de como prendió al soldán y al gran turco. Y como despues de desposado con la hija del emperador recobró todo el imperio. (fol. CCXLVIIIv)

En tercer lugar, como demuestra el índice general de esta colección de “guías de lectura caballerescas”, *Tirante el Blanco* (re)nace apoyado por una moda literaria que ejercería notable influencia en los gustos de públicos diversificados durante la primera mitad del siglo XVI. Obsérvese que la mayoría de estas primeras ediciones no fueron obras originales, sino traducciones, y que incluso las novelas que inician el ciclo palmeriniano (*Palmerín de Olivia* y *Primaleón*) se presentan como textos anónimos, muy cercanos a esa imaginación historicista medieval que tan del gusto fue para la mayoría de creadores y consumidores. En parte resulta lógico, pues todavía no se había desarrollado ni la conciencia autorial para el género ni, por supuesto, había transcurrido tiempo suficiente para que nuevos autores se apropiaran de la nueva corriente, como se constata en los libros escritos durante el reinado de Carlos V. Con anterioridad a la impresión del *Tirante* habían visto la luz, por ejemplo, la *Historia de la linda Melosita* (1489 y 1512), el *Baladro del Sabio Merlín* (1498), *Oliveros de Castilla* y *Artús de Algarbe* (1499, 1501, 1505, 1507, 1509 y 1510), *Tristán de Leonís* (1501). De 1512 datan las impresiones de *Flores y Blancaflor* o de *Guarino Mezquino*; de 1515 sería la *Demanda del Sancto Grial*,...

En cuarto lugar, no cabe desdeñar aquellos factores ideológicos que propician la relectura del *Tirante* en un marco histórico y político diferente al de su creación. Joanot Martorell compone el *Tirant* tras la caída de Constantinopla en poder del imperio turco (1453), acontecimiento histórico de enorme trascendencia en toda la Europa cristiana que potenció el espíritu de cruzada y que, al tiempo, pretendía la defensa de los intereses comerciales consolidados en el Mediterráneo y en Asia. Desde esta perspectiva podemos apreciar la significación de las victoriosas aventuras del héroe protagonista en Sicilia, Rodas, el norte de África (donde convierte a miles de musulmanes) y, por supuesto, los viajes al imperio griego, sus amores y matrimonio con la heredera al trono (Carmesina) y la liberación de Constantinopla, asediada también por los turcos en la ficción. Pues bien, durante los últimos años del siglo XV y principios del XVI, el rey Fernando, el Católico, no sólo conquista el reino musulmán de Granada, sino que además inicia una cruzada por el norte de África, acciones ambas que, entre muchas otras —como el desembarco en América—, tienen de rasgos providencialistas y mesiánicos buena parte de la literatura castellana de la época con el propósito de construir una sutil apología y un reforzamiento de la monarquía: al igual que las *Sergas*, de Rodríguez de Montalvo, o el *Florisando*, de Páez

de Ribera, por ejemplo, la versión castellana del *Tirante* podía amoldarse a simple vista a las modas aristocráticas, a las ortodoxias religiosas y a los moldes idealizantes con los que se inaugura la nueva centuria, que probablemente conociera Diego de Gumiel de primerísima mano.

Como ya se apuntara, *Tirante el Blanco* no mereció una acogida especialmente favorable. A diferencia del éxito que caracteriza la difusión de la mayoría de libros de caballerías, no se conoce ninguna impresión posterior a la vallisoletana, de la que conservamos dos ejemplares, ambos incompletos. Y quizás deba admitirse que fueran algunas de las cualidades que hoy más admiramos en la novela de Martorell (empezando por cierto realismo estilístico) aquéllas que mejor expliquen su escasa repercusión. A pesar de los esfuerzos de Gumiel para remozar la presentación de la obra, de acuerdo con los nuevos tiempos, los lectores descubrirían muy pronto que las proezas del protagonista y, con ellas, la estructura, los temas y los personajes en poco o en nada se parecían a los de sus competidores libresco. Si bien algunos críticos han intentado profundizar en la influencia que el *Tirant* valenciano y su traducción pudo ejercer sobre algunos textos caballerescos castellanos, debemos admitir que, hoy por hoy, no disponemos más que de hipótesis sin confirmación concluyente. Los escasos testimonios con que contamos para apreciar el eco de *Tirante el Blanco* confirmarían esta idea: los ataques de Juan de Molina en el proemio a *Los triumphos de Apiano* (1522), la referencia esquiva de Juan Luis Vives en *De institutione foeminae christiana* (1524), cuya resonancia percibimos en el *Tractado de orthographia y accentos en las tres lenguas principales*, de Alejo Vanegas (1531), o la mención “a lo divino” de Jerónimo Sampedro en su *Caballería celestial del pie de la rosa* (1554). Este panorama contrasta con la situación que ofrecen los abundantes vituperios de moralistas, religiosos y hombres de letras del siglo XVI en contra de *Amadís de Gaula* y su ciclo.

Por consiguiente, no parece desacertado admitir que la fortuna de nuestra novela por tierras hispánicas hubiera ido menguando hasta desaparecer sin la intervención de Cervantes, sorprendente menos por el refinado gusto literario que por la rareza del impreso de 1511, como sucede también con la difusión del texto original, sobre el que cae un olvido absoluto, a pesar de sus dos ediciones incunables. De hecho, el silencio de los lectores de la segunda mitad del siglo XVI demuestra que bien desconocieron el texto valenciano de Martorell y su versión anónima castellana, bien lo estimaron poco, en una secuencia temporal que apunta también —aunque sin tal vertiginosa rapidez— hacia el declive de la redacción, impresión y consumo de los libros de caballerías. El gusto de Alonso Quijano y el recuerdo de Miguel de Cervantes se unieron de forma peculiar para rescatar la impresión de 1511; el primero por contarla entre los ejemplares de su biblioteca; el segundo por seleccionarla como argumento privilegiado de la tertulia, literaria e inquisitorial, entre maese Nicolás y el licenciado Pero Pérez. No por citado parece innecesario reproducir dicho fragmento:

Y, sin querer cansarse más [el cura] en leer libros de caballerías, mandó al ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral. No se dijo a tonta ni a sorda, sino a quien tenía más gana de quemallos que de echar una tela, por grande y delgada que fuera; y siendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayó uno a los pies del barbero, que le tomó gana de ver de quién era, y vio que decía *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*.

—¡Válame Dios —dijo el cura, dando una gran voz—, que aquí esté Tirante el Blanco! Dádmele acá, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aquí está don Quirieleisón de Montalbán, valeroso caballero, y su hermano Tomás de Montalbán, y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente de Tirante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz, enamorada de Hipólito, su escudero. Dígoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con estas cosas de que todos los demás libros deste género carecen. Con todo eso, os digo que merecía el que le compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran a galeras por todos los días de su vida. Llevadle a casa y leedle, y veréis que es verdad cuanto dél os he dicho.

—Así será —respondió el barbero—, pero ¿qué haremos destos pequeños libros que quedan?¹

A partir de fines del siglo XVIII y a lo largo del XIX se iniciaría una segunda etapa de la difusión de *Tirante el Blanco*, cuando las primeras ediciones anotadas del *Quijote* (con Diego Clemencín a la cabeza) empiecen a responder al interés suscitado por los elogios cervantinos y cuando la primera historiografía española emprenda la sistematización del legado literario medieval: Pascual de Gayangos, José Amador de los Ríos o Marcelino Menéndez Pelayo serían así los pilares de la investigación contemporánea en torno a nuestra obra —con nombres tan importantes como Dámaso Alonso, Martín de Riquer y Mario Vargas Llosa—. También, por supuesto, los primeros valedores de un texto que se ha convertido con toda justicia, tras más de quinientos años de vida, en una pieza clave para comprender y saborear el género caballeresco de los siglos XV y XVI.

Rafael M. Mérida Jiménez

¹ Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, edición de Florencio Sevilla y Antonio Rey, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1993.